

Tramas Feministas al Sur



Tramas Feministas al Sur

Débora D'Antonio
Karin Grammatico
Catalina Trebisacce
(EDITORAS)



Tramas feministas al sur / Deborah Daich ... [et al.];
compilación de Catalina Trebisacce; Débora D'Antonio;
Karin Grammático. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires: Madreselva, 2022.

272 p.; 20 x 13 cm

ISBN 978-987-3861-53-6

1. Feminismo. 2. Estudios de Género. I. Daich, Deborah.
II. Trebisacce, Catalina, ed. III. D'Antonio, Débora, ed. IV.
Grammático, Karin, ed.

CDD 305.4209

Tramas feministas al sur

Débora D'Antonio, Karin Grammático y Catalina Trebisacce
(editoras)

Editorial Madreselva, Buenos Aires, enero 2022

www.editorialmadreselva.com.ar

Diseño gráfico integral Leandra Larrosa

@mundokodama

 Esta edición se realiza bajo una licencia Creative Commons
Atribución-No comercial 2.5 Argentina. Por lo tanto, la reproducción del
contenido de este libro, total o parcial, por los medios que la imagina-
ción y la técnica permitan sin fines de lucro y mencionando la fuente está
alentada por los editores.

**“COMO EN UN CUENTO DE HADAS”.
BIOGRAFÍA, MEMORIA Y ARCHIVO:
LA HISTORIA TRANS DE MAGALÍ
ENTREVISTA REALIZADA
POR DÉBORA D'ANTONIO, KARIN
GRAMMÁTICO Y CATALINA
TREBISACCE**





Desde el comienzo, cuando comenzamos a pergeñar este libro, como compiladoras nos propusimos contar con un registro amplio que diera cuenta de las múltiples voces que habitan y hablan los feminismos. La presencia del activismo trans ha interpelado la condición feminista y en ese mismo ejercicio se renovaron las preguntas por quienes tienen derecho a tener derechos y a vivir vidas menos precarias.

Nuestra decisión por enlazar a la genealogía de los feminismos del sur el relato del colectivo trans tuvo una condición, hacerlo a partir de la propia experiencia de quienes lo integran. Que hablen y no sean habladas. En la búsqueda de esa voz nos advertimos que esta es una historia que está tramando sus comienzos. Y así nos topamos con la existencia del Archivo de la Memoria Trans, que tiene el objetivo de guardar y conservar fotografías, videos, cartas, postales y recortes periodísticos para darle forma a la historia y la memoria trans en la Argentina. Construido a partir de donaciones de la propia familia trans, tal como ellas se definen, el archivo ha sido concebido como una herramienta política para visibilizar sus experiencias de vida, y para contar, también, "el activismo antes del activismo".

Con estos antecedentes y los conversatorios que realizó el Archivo para difundirse, comenzamos a pensar otra manera de contar con los relatos que dieran cuenta de esa historia en construcción. Así, nos pusimos en contacto con una de sus integrantes. Tras varios intercambios, consideramos que lo más apropiado era poner a disposición una entrevista que pivoteara entre la historia personal de una activista trans y las apuestas políticas del colectivo.

El grupo encomendó esta tarea a Magalí Muñiz, con quien charlamos largamente, una tarde de octubre del 2020. Lo hicimos en las nuevas condiciones impuestas por la pandemia. Cada una de nosotras estábamos en nuestras casas en Buenos Aires, pero una plataforma de encuentros virtuales nos reunió.

E.: Nos gustaría que nos cuentes de vos, lo que quieras contarnos, ¿dónde naciste?, ¿dónde has vivido?





M.: Yo soy de acá de Buenos Aires. Nací en Tigre y tengo 56 años. Empecé mi transición muy chica, a los 12 años, en plena dictadura, así que fue muy fuerte, pero por suerte tuve una familia que me acompañó en el proceso. Se lo conté a mi papá cuando estaba por empezar la escuela secundaria, porque no quería ir vestida como un chico. Él me comprendió y me ayudó. Fue un padre maravilloso. El problema es que no pude avanzar en mis estudios porque yo no quería ir vestida como un chico y no me aceptaron y por eso no me formé como cualquier persona.

A pesar del acompañamiento de mi familia, por mi rebeldía adolescente, de querer saber que había más allá de los límites de mi casa, una vez me escapé y ya no volví. Me fui con dos chicas cis, que eran mis amigas de entonces. Pero como no teníamos dónde comer, dónde dormir, empezamos a prostituirnos, ¿no?, a ejercer el trabajo sexual por obligación. En ese contexto, tiempo después, conocí a mis compañeras trans y ahí comenzó mi vida como persona trans.

Ejerciendo la prostitución, la policía me llevaba presa todo el tiempo, por delitos contravencionales. En la Capital, te aplicaban el 2° H y 2° F que te condenaba a 21 días y 30 días de prisión, respectivamente. Y en provincia de Buenos Aires, te perseguían con los artículos 92 y 68 por lo que te daban 60, 90, y hasta 120 días de arresto. Te largaban de noche, y para hacerme de unos mangos para regresar a mi casa y tener algo para el día siguiente, volvía a la parada. Era un riesgo porque me podían encarcelar de nuevo. Era muy feo.

Hasta que un día comencé a rebelarme sin saber que lo estaba haciendo. A través de la experiencia de construcción del Archivo, con mis compañeras descubrimos que era una forma de hacer activismo antes del activismo. Les doy unos ejemplos. En los años ochenta, y estando en democracia, cuando yo llegaba a nuestra parada sobre Panamericana, les decía a mis colegas, "Ahora cuando venga la policía no nos dejemos llevar, hagamos quilombo", y se armaban verdaderas batallas campales. O cuando estábamos presas nos organizábamos para prevenir algún reviente o asegurarnos que no nos falte la comi-





da. Por todo eso me fueron haciendo causas, causas, y más causas, que me dejaron como la cabecilla del grupo, y me mandaron a la cárcel dos años, paseándome por distintas unidades penitenciarias de Buenos Aires, entre ellas, la de La Plata y San Nicolás.

E.: ¿Pensás que hubo un ensañamiento particular contra vos?

M.: Claro. Yo era vista como “la alteradora”. Siempre me rebelaba, solo o con mis compañeras. Cuando la policía me atrapaba, me molían a palos para subirme al patrullero porque yo me resistía. Y cuando bajaba del móvil, entraba rompiendo la comisaría, desde la entrada hasta el fondo. No sé de dónde sacaba fuerza, pero lo cierto es que esa bronca que tenía que me transformaba. Es como que era la más visible. La comisaría que albergaba a las trans que trabajaban en Panamericana, entre General Paz y Avenida Márquez, era la de Munro. Se convirtió en una cárcel donde nos llevaban a nosotras, no había otros detenidos.

E.: ¿Recordás los nombres de las compañeras que estaban con vos en ese momento?

M.: Sí, había muchas chicas. Estaba Carla Pericles, Marcela Ibáñez. Y a otras las identifico por sus apodos: Lola, Cuca. ¡Uy, un montón! Había chicas uruguayas, brasileras, eran cantidades de compañeras amigas.

E.: ¿Contra qué se rebelan? ¿Hacia dónde canalizabas esa bronca que te transformaba?

M.: Pedíamos la libertad. Eso era principalmente. No pedíamos más. Nos rebelábamos porque estábamos todo el tiempo agotadas de tanta humillación, tanto sufrimiento y maltrato. Por suerte empezamos a rebelarnos, sin entender que, de hecho, nos estábamos organizando.

E.: Ustedes se organizaban en situaciones concretas para repeler los abusos policiales. Pero, además, ¿contaban con otro tipo de organización para llevar adelante la vida cotidiana?





M.: En la Capital Federal, por ejemplo, la mayoría vivían en hoteles, y era una especie de comunidad. En la provincia de Buenos Aires, nos acobachábamos dónde podíamos. Había lugares que eran una suerte de pensión. Acá en Tigre hubo varias. Por ejemplo, una travesti hizo de la casa de su madre una pensión. A Tigre venían trans de todas partes de la Argentina, incluso de países limítrofes, uruguayas, paraguayas, brasileras, chilenas, todas venían para Tigre en los '80. Entonces vivíamos en ese tipo de comunidad, ¿no? En las pensiones, había una habitación con varias camas, y la dueña cocinaba el almuerzo, el desayuno, la cena para todas. No podíamos salir a ningún lado, ni cruzábamos la vereda. Piensen que era una época muy diferente a la actual. Salir a las tres de la tarde vestida de mujer, era un riesgo. Solamente salíamos de noche para ir a trabajar. También existía otra modalidad, la de juntarnos entre tres o cuatro amigas más íntimas y alquilar una casita. No era fácil conseguir una vivienda, pero si lo lográbamos nos cobraban una fortuna. Si a cualquiera le cobraban diez mil, a nosotras nos cobraban treinta mil.

E.: ¿Cuándo saliste de la cárcel qué hiciste?

M.: Decidí ir a vivir a Neuquén porque me habían dicho que era una provincia más tranquila, con menos persecución a quienes trabajábamos en la calle. Estuve exiliada allí por treinta años. En ese tiempo no sabíamos que eso era un exilio. Lo supimos después. En mi caso nunca lo contaba como un exilio porque pensaba que exiliarse era irse a otro país. Cuando llegué al Archivo y mis compañeras comenzaron a hablar de su exilio en el exterior, y contaban sus vivencias, me di cuenta de que era lo mismo por lo que yo había pasado. Había dejado a mis amigos, mi familia, mi barrio, mi ciudad, para irme a otro lugar, donde no conocía a nadie y donde tuve que estar sola, sin mis afectos. Eso que me pasó a mí, también fue un exilio, un exilio interno.

Regresé a Buenos Aires hace seis años. Decidí volver a mis raíces, a estar con mi familia. Ya estaba más grande y quería también dejar el trabajo sexual. Me vine con una mano atrás y otra adelante, eso sí, me traje todos mis muebles. Mi hermana me alquiló un de-



partamento; me dio una gran mano para poder insertarme en la sociedad nuevamente, y reconectarme con el resto de mi familia.

Los primeros tiempos fueron difíciles porque obviamente yo estaba acostumbrada a tener mi dinero y a tener mi forma de mantenerme, y en ese momento dependía económicamente de mi hermana. Ella me decía: "Esperá. Tranquilizate. Las personas que vienen del interior enseguida no consiguen trabajo rápidamente, ya vas a conseguir". Y bueno, teniendo fe conseguí. Carla Pericles, compañera del Archivo, y que lamentablemente falleció hace unos meses, me llevó a trabajar con ella para cuidar a una abuela. Así fui dejando la prostitución.

Un día la convocan a Carla desde el Archivo para que lleve sus fotografías y brinde su testimonio. Entonces ella me dijo: "Me gustaría que vengas conmigo porque, aunque vos sos un poco más joven que yo, viviste lo mismo". Aclaro que a ella la conocí cuando yo tenía 13 años y ella, veinte y monedas. Las dos perdimos todo, las mismas cosas, ¿no?, a pesar de nuestra diferencia de edad. Así que fuimos al Archivo y fue en ese momento que nos propusieron si queríamos formar parte de este proyecto. Nos pareció interesante, muy lindo y dijimos que sí y bueno, acá estamos.

E.: ¿Nos podés contar un poquitito más sobre tus padres?, ¿qué hacían?, ¿quiénes eran?, y ¿sobre tu infancia?

M.: Mi infancia fue como un cuento de hadas, ¿no?, porque la mayoría de mis compañeras fueron expulsadas de sus hogares, y desde chicas. Yo tuve suerte de tener este padre maravilloso que tuve. Él era un hombre de la isla, analfabeto, se dedicaba a la venta de verduras y frutas, y no entendía lo que me pasaba, entonces, en el 1976, aproximadamente, me lleva a un médico, que resultó muy avanzado para la época. Le hizo una pregunta clave a mi papá: "¿Usted quiere un hijo feliz o un hijo infeliz?" y mi padre le contestó que quería un hijo feliz. Entonces el doctor le dijo que si quería un hijo feliz que me deje ser como me sentía porque nunca iba a cambiar, ¿no? Y ahí mi papá lo entendió, y me dijo, "No sos, ni el primero, ni el último. Te amo. Sos mi hijo" y bueno, fue todo

muy mágico, pero vuelvo a repetir, es una historia en un millón, lamentablemente.

E.: Vos decías que habías tenido dificultades con la escuela porque querías ir ya con tu nueva mirada sobre vos misma.

M.: No llegué a ir a la escuela porque de querer hacerlo tenía que entrar con trajecito y corbata. Ni se me cruzó por la cabeza ir vestida de mujer porque sabía que no me lo iban a permitir. Pero fue muy frustrante porque a mí me encantaba estudiar. Yo no veía la hora que llegue el lunes y los otros chicos no veían la hora que llegue el viernes.

E.: Hasta ahora no dijiste nada de tu mamá.

M.: Mi mamá biológica falleció cuando yo era muy chiquita, a los siete años. Con mi papá nos quedamos tres hermanitos más chicos y yo. También tenía otros hermanas más grandes, y una de ellas se hizo cargo de nosotras en el sentido de que ocupaba el lugar de madre. Es más, le decíamos, "mamá" porque era como nuestra madre: nos llevaba al médico, a la escuela, iba a los actos, nos sacaba los piojos. Todas cosas que hacen las madres.

E.: Después de migrar a Neuquén, ¿seguiste manteniendo vínculos con tu familia?

M.: Siempre existió el vínculo. Una vez al año venía a Buenos Aires a verlos a ellos.

E.: ¿En qué años estuviste en Neuquén, y por qué decías que era una provincia menos represiva que otras?

M.: Estuve en Neuquén entre 1988 y hasta el 2014, así que fue mucho tiempo. Si bien me llevaban presa frecuentemente, al otro día me llevaban al Juez de Paz y me daba la libertad, previo pago de una multa, nada más. El trabajo sexual estaba condenado pero las leyes eran más suaves. Era como estar en el paraíso, no parecía la Argentina. Eran muchas chicas las que trabajamos allí.



Estaban las neuquinas y de otras provincias como Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, San Juan, San Luis. Venían de distintos lugares, se iban enterando de lo que pasaba en Neuquén y se venían para ahí. Era el exilio interno más seguro que había.

E.: Algo parecido a lo que pasó con algunas islas del Tigre en los años sesenta, que se convirtieron en un espacio de libertad para los gays.

M.: Claro. Iban a las islas para vivir como se sentían. Si querían vestirse de mujer, se vestían. Hacían todas esas cosas que no estaban permitidas en la ciudad. Eso lo cuenta muy bien Malva Solís, una trans chilena que murió hace unos años, a los 96. Ella dejó un gran testimonio, y hay un documental que cuenta toda su historia, y hay un fragmento dedicado al Tigre. Se llama "Con nombre de flor", de Carina Sama. Está muy bueno.

E.: ¿Los años ochenta fueron igual de represivos que los noventa? En esa última década, en la ciudad de Buenos Aires, se dio una fuerte discusión sobre los edictos policiales en la que las compañeras trans tuvieron un destacado protagonismo.

M.: Yo los noventa no los viví en Buenos Aires, pero conozco la historia por mis amigas. Es más, la creadora del Archivo, María Belén Correa, fue una de las co-fundadoras de ATTTA (Asociación de Travestis, Transexuales y Transgéneros de Argentina), la primera organización de su tipo en el país y fue la que llevó adelante una lucha muy intensa para derogar los edictos policiales. Hicieron manifestaciones y comenzaron a trabajar con la abogada Angela Vanni, que lamentablemente falleció en julio de este año. Ella les sugirió firmar con su nombre elegido los papeles de la detención y como condenaban a las travestis por usar ropa no "adecuada" a su sexo, ella dio la orden de que "salgan de pantalones". Fue una pelea muy larga contra los edictos que incluyó la guerra con los vecinos de Palermo. Mientras tanto, en las provincias nos seguían llevando presas. En Neuquén recién logramos sacar los códigos contravencionales en 2011. ¡Imaginate!





E.: ¿Fue un poco más hospitalario Neuquén en materia de socialidad o fue igual de duro que lo vivido por tus compañeras en Buenos Aires?

M.: No, totalmente distinto. En la ciudad de Neuquén, a pesar de no ser un centro urbano de los más importantes, la gente era mucho más abierta de mente que en Buenos Aires, eran menos salvajes que Buenos Aires para nosotras. Había otro respeto. Nosotras salíamos para todos lados, andábamos en el centro, en la ciudad, en los ríos, en los balnearios y nadie nos molestaba.

E.: Cuándo volviste a Buenos Aires, ¿te siguió pareciendo tan hostil cómo cuando la dejaste?

M.: Mirá, cuando yo venía a Buenos Aires de visita, estando en Neuquén, el centro era disfrutar el encuentro con mi familia, y no percibía los acosos callejeros, pero el temor siempre estaba porque cuando veía un patrullero me daba pánico. A pesar de que tuve una etapa tranquila en esta ciudad antes de irme a la Patagonia, lo cierto es que yo no disfrutaba de nada de Buenos Aires. Yo viví momentos donde pasaba desapercibida como trans y podía salir un poco más, primero porque tenía una pareja varón, y segundo porque como empecé mi transición muy de pequeña y me fui desarrollando muy femeninamente y tenía apariencia de chica. Era chiquita y todas esas cosas, y con un hombre al lado, del brazo, como que yo podía tener más de libertad, ¿no? En mi adolescencia iba a bailar con mis amigos de siempre porque yo tuve ese de bueno, porque mi transición la hice conservando a mis amigos y mis amigas de mi infancia. Para ellos no fue una sorpresa que Carlos se transformara en Magalí, se venía sabiendo que en cualquier momento me ponía el corsé. Recién empecé a disfrutar de Buenos Aires cuando me reinstalé en 2014. Fue un cambio muy notable el que vi, nada que ver con mi experiencia pasada. Ahora ando de acá para allá, y disfruto de conocer lugares que antes no pude porque era un riesgo.

E.: Hay una frase que ustedes dijeron en el conversatorio que hicieron unas semanas atrás, vinculado al ejercicio de construir





una memoria de la comunidad trans que es que existía "un activismo antes del activismo" ¿Cuándo situás vos tus primeros pasos en la militancia?

M.: Yo soy activista desde hace muchos años ya, al menos desde principios del año 2000. Comencé a organizarme, en Neuquén, con un grupo que se llama "Conciencia VIHda", que aún tiene actuación y del cual fui presidenta. Es una asociación que busca informar y prevenir, en la comunidad trans, el VIH, y mejorar así la calidad de vida de las compañeras. Después participe, de manera paralela de otro grupo, liderado por la hermana Mónica Astorga Cremona, de las Carmelitas descalzas, conocida como "la monja de las trans". Ella fue la ideóloga del complejo habitacional para mujeres trans, que acaba de inaugurar en un predio cedido por el municipio de Neuquén y construido con fondos del gobierno provincial. Son doce monoambientes, una experiencia única en el mundo.

No, ahí me había dado cuenta que era activista. Ya era activista pero no... del pasado no... no me daba cuenta que era una activista. Cuando comenzamos a armar el Archivo y a conversar entre nosotras y conocernos más nos dimos cuenta que habíamos sido activista antes de que esto sea reconocido como activismo. En los ochenta, por ejemplo, cuando estábamos presas y no nos querían traer agua para tomar mate, no nos querían hacer las compras o nos tenían hacinadas a 50 o 60 en un calabozo pequeño, y armábamos flor de quilombo, entonces éramos activistas porque luchábamos por nuestra libertad, por nuestros derechos.

E.: Hace un tiempo vimos el documental "Los maricones" realizado por Daniel Torotosa en el que se narra la represión policial que se aplicó, desde los ochenta en adelante, contra las personas trans y homosexuales en Córdoba, y encontramos mucha similitud con tus relatos sobre el mismo período en Buenos Aires. Atendiendo a esto ¿se desarrollaron en esa etapa redes, contactos entre compañeras de otras provincias?

M.: No, no teníamos contacto porque en ese tiempo no había celulares ni redes sociales y estábamos más desarticuladas. Sí se





sabía que Neuquén era un lugar más amable para vivir, diferente a Buenos Aires y Córdoba, por ejemplo. Igual les dijo, aún con todo lo peor, para muchas compañeras que venían de las provincias más conservadoras del norte del país, Buenos Aires era un respiro, un destino mejor del que estaban viviendo. Es más, no solo para compañeras del interior, sino también para las que venían de Chile, de Uruguay, Brasil, Bolivia.

E.: El Archivo parece ser una instancia de articulación de diferentes experiencias y memorias del colectivo trans, ¿fue concebido a partir de una conciencia federal o se ancló en alguna experiencia particular?

M.: No, el Archivo es federal. Está compuesto por el aporte de todas las provincias. El Archivo nace porque Claudia Pía Braudacco tenía una manía, tipo hobby, de juntar cosas, por ejemplo, fotos, recortes periodísticos, tickets de avión, volantes.

E.: Somos investigadoras y sabemos perfectamente de qué se trata esa manía. (Risas)

M.: Claudia emigra a Europa y allí conoce la experiencia de organización de las trans del viejo continente y trae acá la idea de armar un archivo para que no se pierda la historia. Además, Claudia junto con María Belén Correa fueron las fundadoras, en los primeros años noventa, de ATTTA, la Asociación de Travestis, Transsexuales y Transgéneros de Argentina. Claudia, que ya falleció en 2012, fue una gran batalladora por la Ley de Identidad de Género, que lamentablemente no pudo festejarla, porque se sancionó a poco tiempo después de su muerte. Ella tenía un sueño hacer un museo con todas las cosas que había recolectado que fuera un punto de encuentro para toda la familia trans. Porque nosotras somos una familia. Tenemos tías, abuelas, primas, hermanas que nos fuimos haciendo de la vida.

E.: ¿Cuál fue el hecho fundacional del Archivo?

M.: Cuando Claudia fallece, María Belén hereda su casa y con



ella sus cosas, y hace unas primeras muestras, allí, para nuestro colectivo con fotos, artículos y objetos de Claudia. Además, arma una página de Facebook con el objetivo de reencontrarnos con las compañeras exiliadas en el país y en el mundo, para saber dónde vivíamos, qué hacíamos, si estábamos vivas o muertas, si estábamos bien. Bueno, ese fue el principio. Ahora, seguimos manteniendo esa página cerrada de Facebook, y otra pública.

E.: ¿Y cómo siguió la cosa?

M.: Aparece Cecilia Estalles, una fotógrafa profesional, cofundadora de M.A.F.I.A. (Movimiento Argentino de Fotografías Independientes y Autoconvocadxs) y autora del documental "De la misma especie", que es la historia de Gina Vivanco, una chica trans que fue asesinada en el 91 por la policía ya que fue testigo de un crimen entre integrantes de la fuerza. El punto es que Cecilia le escribe al Archivo para hacerse de materiales para realizar el documental y terminamos construyendo un lazo con ella que nos permitió la profesionalización de nuestro acervo. Cuando se encontró con el material nos dijo: "¿Por qué todo esto que es tan hermoso lo van a dejar en una página de Facebook, si podrían pasarlo a físico? Entonces Belén dijo, "hagámoslo". Con un escáner y una computadora comenzamos a digitalizar. Este trabajo comenzó en el 2014, y yo me sumé en el 2017. Ese año nos cedieron un lugar para llevar adelante estas tareas en el Centro Cultural Haroldo Conti. Íbamos una vez por semana y a la gente de allí le gustó el material y nos propusieron hacer una muestra en el marco de los encuentros sobre diversidad y género que allí se organizaban. Y la hicimos. Se llamó "Esta se fue, esta se murió, esta ya no está".

E.: ¿Y qué repercusión tuvo?

M.: Estuvo exhibida desde diciembre de 2017 hasta marzo de 2018. ¡Increíble porque en ninguna parte las muestras duran tanto! La visitaron miles de personas por día, y los miércoles nosotras guiábamos la muestra a los espectadores. Y esto fue el puntapié para desarrollar muchos proyectos más, y nos permitió



hacernos más conocidas como archivo. Fue muy bello. Todos los días seguimos recibiendo cajas con fotos, cartas, postales de las compañeras, incluso de las que ya no están.

E.: ¿El Conti es el espacio de guarda del material?

M.: No, esa oficina era una oficina que nos prestaron para digitalizar el material. Nuestro Archivo no pertenece a nadie, el Archivo es trans y es únicamente de las trans. No pertenece a ninguna organización, ni a ningún partido político, ni a nadie. El Gobierno de la Ciudad de Rodríguez Larreta, por ejemplo, quería que el Archivo forme parte de su patrimonio, o sea un Archivo de la Memoria Trans de la Ciudad. A nosotras no nos gustó la idea. Aparte que no era correcto porque nadie se interesó nunca por nosotras y ahora que era algo importante querían apropiarse de algo nuestro, ¿no?, entonces dijimos que no y ahí con mucha amabilidad nos pidieron el lugar.

E.: ¿Y qué hicieron?

M.: Nos fuimos. Dejamos esa oficina, nos llevamos los escáneres, la computadora, todo lo que teníamos nuestro, y desmontamos la muestra, que la terminando llevando a la casa de nuestra amiga, Ceci Saurí, donde también retomamos el trabajo. El Archivo no paró, seguimos trabajando más precariamente, pero seguimos adelante. A principios de 2018, ganamos un premio del Programa Iberoamericana Sonora y Audiovisual de México. Eso nos favoreció con un dinero para equiparnos y además recibimos capacitaciones y apoyo para la gestión del Archivo. Una de esas capacitaciones las hicimos con Fernando Osorio, un capo del archivismo de México, quien viajó especialmente a Buenos Aires para entrenarnos. Así que a partir de ese momento empezamos a trabajar profesionalmente porque antes nosotras lo único que hacíamos era escanear las fotografías y guardarlas en la computadora en carpetas solo con el nombre de las compañeras, pero sin catalogar, sin clasificar, sin nada.

Después conseguimos un lugar en Palermo, en la Fundación de Niños Autistas, gracias a las gestiones de una señora que nos pres-



ta el lugar un día a la semana para que trabajemos en lo nuestro. Hasta que empezó la pandemia estábamos ahí. No podemos ir ahora porque no se puede, ¿no? pero la mayoría de las cosas están guardadas ahí, y otras quedaron en la casa de una compañera.

E.: ¿Cuántas compañeras trabajan o trabajaron desde los comienzos ahí en el 2014 hasta hoy en Archivo?

M.: En principio era María Belén sola, después se sumaron Carmen Ibarra, Cecilia Estalles, Catalina Bartolomé, Florencia Aleitta y Cecilia Saurí. Algunas se fueron, otras ingresamos. Actualmente, el staff lo integramos María Belén Correa, Cecilia Estalles, Cecilia Saurí, Carmen Ibarra, Carolina Figueredo y yo. Somos seis.

E.: ¿Y con qué volumen de material cuentan hoy en día?

M.: Ahora hicimos un cese de recibimiento de materiales porque alcanzamos todo el tiempo las 10.000 fotografías y nosotras lo que estamos haciendo ahora es el trabajo de catalogación, lo lleva muchísimo tiempo porque tenés que ir foto por foto adicionando los metadatos, esto es, año, de quién era, quiénes están en la foto, dónde, etc. Todo eso además se va a ser público a través de la página, creo que a principios de 2021. Lo vamos a lanzar y la gente va a poder suscribirse y encontrar todo lo que quiera del Archivo.

E.: ¿Cuáles son las fechas extremas que manejan para los materiales que incorporan?

M.: Desde el '40 hasta finales de los '90, llegamos hasta ahí porque hay mucho material digitalizado de los años posteriores, entonces estamos trabajando con todo lo que sea analógico. Hay compañeras que prestan, pero no donan por lo que hay que digitalizar rápido y devolverlo. Tenemos un contrato con ellas como de seis meses para la devolución. Las compañeras que donan sus fotos manejamos otros tiempos, pero lo hacen porque saben que, si les pasa algo, esas fotos se perderían. Por eso prefieren que estén en el archivo. Dado los tiempos y la cantidad de material que llega, decidimos, por ahora, suspender la recepción.

E: ¿Cuál es la fotografía más antigua que tienen en el archivo?

M.: La más antigua es la de una chica trans de los pueblos originarios del sur, creo que de Viedma, que salió en "Caras y Caretas" en el año 1926. Se supo que era una chica trans porque primero aparece en una foto con una vestimenta femenina y en otra con la falda y el torso desnudo donde se ve que no era una mujer biológica, ¿no?, una mujer cis, no biológica.

E.: ¿Qué cuentan las fotos?

M.: Hay de todo, es un archivo familiar, pero compuesto también de audios, entrevistas, recortes de diarios, de revistas de los años '80, de casos policiales. No sé si se acuerdan de los casos policiales de esa época, que fueron muchos. Hay muchos testimonios de lo que pasaba en esos años en Panamericana. Incluso en una de esas revistas sensacionalistas se empezó a hablar de los asesinatos de chicas trans, algo que hoy llamamos travestimiento o el transfemicidio. Pero en el Archivo hay de todo, de todas clases de material.

E.: ¿Hay alguna fotografía que a vos te haya gustado, que te haya conmovido especialmente, que digas, "Este es un tesoro porque...?"

M.: Hay muchísimas, pero para mí la que me causa algo, porque es hermosa estéticamente y por lo que lo que significa, es una de dos compañeras que van en un caballo, por una calle en un barrio, como si fueran gritos de libertad.

E.: Es la que ilustra la tapa del libro Las malas de Camila Sosa Villada.

M.: Si, es mi preferida.

E.: Nos hablaste de que recibieron muchas cartas, ¿qué otras miradas ofrecen respecto de las fotografías y los objetos?



M.: Las cartas tienen muchas historias. La otra vez estaba leyendo una para un conversatorio que le escribí yo a una amiga y que recuperaré no hace mucho, le contaba, era el año '98, que había tenido un accidente. Así lo llamaba yo por entonces, pero en realidad fue un ataque transfóbico. Me lastimaron toda la cara, el cuerpo, me quebraron las piernas. Bueno, en definitiva, me quisieron matar y no pudieron. A partir de ahí me sentí muy vulnerable y sólo quería estar con mi hermana, con mi familia, con mi papá. Volver a leer esa carta me permitió entender que no había sufrido un accidente. A veces las cartas como esta nos dejan muy tristes. Pero a su vez nos permiten otras interpretaciones sobre lo pasado.

E.: ¿Cómo pensaron el nombre Archivo de la Memoria Trans? Sobre todo porque en una época, los noventa, la identidad travesti gravitó fuertemente en el colectivo de las diversidades sexo genéricas.

M.: Salió porque lo trans incluye muchas identidades y experiencias. Lo trans no es solamente la travesti o la traba, o como las compañeras se identifiquen. Abarca mucho la palabra trans, lo travesti, lo transgénero y lo transexual. Es el Archivo de la Memoria Trans porque hay travestis, hay transgéneros y hay transexuales.

E.: El despertar de la conciencia del activismo antes del activismo del que antes nos hablaste trajo un montón de información sobre cómo habían sido sus experiencias de vida. Por ejemplo, cuando te fuiste a Neuquén no significaste ese traslado como un exilio, y cuando volviste no te considerabas como una sobreviviente. Sin embargo, actualmente, hay una relectura de esas experiencias en otra clave ¿Qué herramientas nuevas tenés para posicionarte políticamente y revisar tu propia historia personal?

M.: Claro, para mí el exilio era el que se produjo en la época de los militares cuando la gente se tenía que escabullir de la represión estatal, y el sobreviviente era quien había zafado de morir en un campo de detención. Pero nosotras también vivimos el exilio





porque nos perseguían tanto, nos acosaban tanto que teníamos que irnos de un lado a otro, y resguardarnos donde podíamos. Fue muy fuerte y muy, muy doloroso, pero a la vez te da mucha fuerza para seguir adelante y seguir luchando. Pero también fuimos sobrevivientes de la noche, de la brutalidad del calabozo, del peligro de estar parada en una ruta y que nos mate un loco como los asesinos de la Panamericana. Todas las noches había muertes en esa ruta y a pesar de que todas las noches asesinaban a una compañera y vos tenías que pararte igual para ganarte el mango. Ahora estamos luchando para que haya una Ley Integral Trans y una reparación del Estado nos condenó a vivir una vida de ocultamientos, de padecimientos, de no poder estudiar o formarte, de no poder acceder a una vivienda, y una jubilación al final de la vida.

E.: Es interesante que el proyecto de recuperar la historia de ustedes y permitir que la conozcamos se vuelva sobre las propias protagonistas de un modo muy transformador. ¿Qué relectura hacen de la larga etapa constitucional que se abre en los ochenta?



M.: Para nosotras no hubo democracia sino hasta 2012, cuando tuvimos la ley de Identidad de Género. Hasta ese momento no sabíamos lo que era la democracia. No existía, o sea, más de 30 años sin democracia.

E.: A pesar de que se habló de la restitución de la vida democrática para muchos sectores siguió existiendo la persecución y la conculcación de derechos.

M.: Sí, la verdad que sí. Ahora me pregunto ¿cómo es que yo no tuve derechos? ¿Por qué no pude vivir una vida común, entre comillas común? ¿Por qué no pude estudiar, trabajar? ¿Por qué no tuve oportunidades?

E.: No tener la posibilidad de circular libremente...

M.: Hasta el tema del voto era humillante. Imagínense, me sentía mujer, pero tenía que ir a una mesa de varón y vestida como tal, porque si no, no me dejaban votar. Por eso cuando eran las vota-

ciones muchas compañeras no iban para no tener que pasar ese mal momento. Hoy que estamos pudiendo desocultar nuestra historia, la cosa es un poco más fácil pero antes la única imagen que había de una chica trans era con tacos, minifalda y parada en la calle, buscando clientes. Hoy otras posibilidades para nosotras y otras miradas de los otros.

E.: ¿Cómo surgió la idea del libro sobre el Archivo? Un verdadero hito en su la historia colectiva.

M.: El libro comenzó a gestarse hace tres años. Teníamos tanto material y relatos...Entonces con la editorial CHACO, de Buenos Aires, y su editora Verónica Fieiras decidimos hacer el libro, y tuvimos el respaldo del programa Mecenazgo Cultural, que nos permitió financiar una parte. El libro recupera el espíritu del Archivo, por un lado, porque lo hicimos entre las compañeras, y por otro, porque a partir de distintos materiales, se cuentan nuestras historias. Todas son historias reales, no hay nada inventado, no hay nada cambiado. Todo está como la compañera lo relató, a su manera, a su forma, lo que se expresó en el momento. También recoge las cosas malas que nos han pasado, pero de ninguna manera de una forma amarillista como podría haberlo contado otro escritor. Es una suerte de álbum familiar, de toda la familia trans, que es lo que somos. Construido de manera colaborativa.

E.: En general las fotos escogidas para la publicación son festivas, alegres, no son lacrimógenas...

M.: Saben, nosotras tenemos un don astral de transformar lo malo en bueno. Nosotras contamos cosas horribles que nos pasaron y nos morimos de risa. Esas historias tristes y feas las transformamos en risas. Inclusive nuestros velorios no son los típicos en los que todo el mundo llora. Sí, se te cae una lágrima en algún momento, pero después es todo risa. "La difunta era brava, ¿te acordás?" Tenemos ese don que aprendimos y usamos para no sentir tanto dolor porque si no nos teníamos que pegar un tiro o ahorcado directamente.



E.: Como una estrategia de supervivencia alegre ¿no?

M.: Sí, totalmente.

E.: Sí, y eso también se ve también en la literatura. Los textos de Marlene Wayar, de Camila Sosa Villada, de Susy Shock son un ejemplo de eso y de la amorocidad. Ahí hay algo, un charme que no lo encontrás fácil en otra literatura. Pareciera que eso es una cosa que está disponible no solamente en la fotografía.

M.: Coincido también en eso. Es que es como una esencia nuestra, una esencia distinta. Una esencia única, somos trans.

E.: Una parte de esa esencia puede ser el humor. Las humoradas de Lohana son muy recordadas. El otro día, escuchando a Marlene Wayar, hizo un chiste que reflejaba muy bien ese poder transformador trans. Ella, riéndose, dijo que el único lugar seguro donde podía encontrarse con sus compañeras, décadas atrás, era en una comisaría.

M.: Bueno, sí. Te encontrabas en las comisarías y en los velorios. Pero también en los cumpleaños y en los carnavales que eran, para nosotras, los días de libertad. Eran seis noches de libertad total. La magia del carnaval nos tocaba a nosotras porque eran los únicos días en los que podíamos expresarnos y mostrarnos abiertamente. Allí éramos aplaudidas, ovacionadas, admiradas, y hasta deseadas. Era todo un combo muy lindo. Y muy raro también, porque la gente que te vitoreaba en el carnaval, en otro contexto era la que te insultaba y agredía.

E.: ¿A qué carnavales te referís, en dónde?

M.: Yo pasé muchos carnavales acá en Buenos Aires. En Tigre siempre hubo corsos y yo viví ese clima desde chiquita. Pero no tuve mucha experiencia en los carnavales, la verdad. Me gustaban, pero yo de jovencita tenía un novio, como ya les conté, que era muy celoso. El tipo tocaba el bombo en la comparsa, pero a mí no me dejaba desfilar, no quería que yo me muestre. Pero además mi hermana,





que oficiaba de madre, cuando yo empecé la transición me dijo: "Lo que te pido es que nunca salgas en las comparsas, porque la gente se ríe de ustedes". Me lo dijo para protegerme, como una madre, no por vergüenza, sino para que no me hagan daño. En resumen, disfrutaba del carnaval como espectadora, pero no como participante.

E.: Como estamos llegando al tiempo límite que nos habíamos propuesto para la entrevista queremos preguntarte por las apuestas a futuro tuyas y del Archivo.

M.: Yo actualmente estoy haciendo fotografía acá en Tigre. Ya llevo un año y medio. Y me falta otro. Es una carrera de dos años y medio. Ya llevo un año y medio. Este año por la pandemia quedó suspendida. Hicimos el primer cuatrimestre y online y como venían las prácticas no se pudo seguir.

Con el Archivo tenemos que continuar la catalogación del material y así poder cumplir con el subsidio que ganamos en Alemania. Con esto vamos a poder contratar a cuatro personas trans, capacitadas en la materia y continuar la labor. Yo tuve la oportunidad de viajar a ese país a través de un intercambio con chicos de una organización trans de varones. Luego ellos después vinieron para acá. Así que concretamos un intercambio bilateral, muy importante para nosotras. También soñamos con tener, en el futuro, un lugar parecido al Centro de Fotografía de Montevideo, Uruguay, que tiene varios pisos y hay uno donde trabajan y otro donde se guarda el material. Lo conocimos porque allí llevamos la muestra "Tiempo de las flores" sobre nuestra historia. La inauguramos, estuvimos dos días y empezó la cuarentena. Y quiero recordar acá, casualmente respecto de lo que estábamos conversando recién la muestra "Retratos y carnavales" con fotos de los años '40 al '70, que hicimos después de "Esta se fue..." y que también circuló por muchos lados.

Y la otra gran apuesta que tenemos es que haya una sede del Archivo de la Memoria Trans en cada provincia. Que cada provincia tenga su propio Archivo y a la vez comparta el nuestro para contribuir con el central. Sería algo así como trabajar en conjunto para que seamos un solo Archivo, el Archivo de la Memoria Trans.



E.: ¿Y algún otro deseo puesto en el Archivo?

M.: Y... seguir viajando para hacer conocer nuestra historia tanto en nuestro país como en otras partes del mundo.

E.: Los viajes nos conectan con experiencias que despiertan ideas, proyectos nuevos, porque el comienzo del Archivo fue un poco así con las ideas que trabajo de afuera Claudia.

M.: Claro, también Belén emigró allá en la crisis del 2001 a Estados Unidos y allá convivió con muchas compañeras de otras partes del mundo. En Estados Unidos, por ejemplo, hay muchas colectividades de distintos países. Después se fue a vivir a Europa y siguió tejiendo redes. Así conseguimos mi capacitación en Alemania tuvimos contacto con el Museo Reina Sofía en Madrid y a su vez salió un encuentro en París con un realizador francés que hizo un documental sobre nuestro Archivo, que se llama "Memorias rebeladas", que ahora está participando en distintos festivales del mundo. Cuando se estrenó pudimos reunir a todas las compañeras argentinas que estaban exiliadas en Francia, donde hay un montón. De hecho, me encontré con una compañera que no veía desde hacía más de 30 años. La despedí cuando éramos chicas, y después nunca más la vi y esta actividad nos permitió reconectar.

Lo cierto es que el Archivo nos permitió reinventarnos, tener una vida, hacer escuchar nuestra voz. Y además hemos logrado construir redes de amistad amplificadas. Lo que no es poco.